

“HISTORIA MEXICANA” EN EL BANQUILLO

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

“HISTORIA MEXICANA” cumple veinticinco años al ver la luz el número 100. Esto no sorprendería a nadie en medios más estables, pero en nuestros países resulta excepcional el que una publicación periódica sobreviva tanto, ya que generalmente duran los mismos años que las autoridades que las fundan o perecen con el menor cambio de aires.

Desde que se estableció el Centro de Estudios Históricos en El Colegio, a principios de los cuarentas, se había intentado darle un órgano en el que se publicara el producto de sus investigaciones. Pero por entonces escaseaban los recursos financieros a un grado que no es fácil comprender hoy en día, y no se llegó a fundar dicha publicación. Irónicamente allá a principios de 1950, cuando se decidió la clausura de los cursos de historia, el grupo de estudiantes que estaban por salir se acercó al doctor José Miranda en busca de alguna ayuda para situarse en la vida académica. A don José, orgulloso de la formación que El Colegio había dado a aquellos jóvenes historiadores, se le ocurrió establecer un seminario de investigación con una revista que difundiera sus trabajos, otorgándosele a cada miembro del seminario un sueldo de 250 pesos, que alcanzaba para sobrevivir.

La idea se le planteó al secretario de El Colegio, Daniel Cosío Villegas, quien la oyó con interés. Desde 1948 don Daniel andaba preocupado por formar un equipo de investigación para estudiar la historia moderna de México y, justamente entonces, había empezado a constituir el grupo. En realidad la idea de Miranda vino a abonar el viejo deseo de tener una publicación periódica histórica, pero con un enfoque diferente. A Cosío, más que resolver el problema inmediato de un pequeño grupo de jóvenes que con toda

seguridad encontrarían acomodo, le preocupaba establecer un foro donde pudieran expresarse las nuevas corrientes filosófico-históricas que tanto ruido armaban en la vieja escuela de Mascarones, tal vez con el deseo pragmático de ver si salía algo en claro. Por otro lado, don Daniel pretendía dar oportunidad de publicar sus trabajos a los historiadores de provincia, como parte de su gran deseo de ampliar los horizontes académicos del país.

Cuando don Daniel convocó a una junta para fundar la revista había obtenido ya fondos para unos cuantos números, gracias a la aportación de Alberto Misrachi, Jesús Hernández Delgado (Nacional Financiera), Rodrigo Gómez (Banco de México), Virgilio M. Galindo, Carlos Prieto (Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey), Carlos Trouyet, Francisco Javier Gaxiola (Banco Agrícola y Ganadero de Toluca), Enrique Sarro (Altos Hornos de México), Antonio Carrillo Flores (Nacional Financiera), Alfonso Comandea Ferreira (Financiera Nacional Azucarera), Graciano Guichard (Banco Nacional de México), Julián Rodríguez Adame (Algodonera Figueroa) y Raúl Bailleres, a quienes él mismo expresó su gratitud en la introducción al índice de los diez años de *Historia Mexicana*. De esa manera se sostuvo la revista durante "los años malos", hasta que, ya institucionalizado, El Colegio pudo patrocinarla directamente.

Solucionado el financiamiento, el problema era contar con colaboradores. Algunos se preocuparon de que la nueva revista obstaculizara la colaboración para revistas como *Historia de América*, *América Indígena*, *Filosofía y Letras*, y fue ello lo que decidió que el interés se limitara al campo estricto de la historia de México.

Todo contribuyó al éxito de los primeros números de *Historia Mexicana*. En primer término el tema, que al decir de don Daniel "sigue siendo uno de los campos predilectos de la curiosidad y de la inteligencia nacionales". En segundo lugar, el impresionante consejo de redacción: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala, quienes según las malas lenguas no se enteraron de su alta misión hasta

después de aparecido el primer número. De todas formas, era una buena sombra para cobijar una nueva publicación. En tercer lugar estuvo la amplia publicidad que se le dio. En aquella ciudad de mediados de 1950, que ahora se antoja tan chica, había lugares reservados en las paredes para carteles de cine y teatro, así como propaganda política y comercial. En el primer cuadro, casi cada esquina tenía estos anuncios y mientras uno esperaba su camión o su tren, leía y releía aquellos carteles. Y probaron ser mejor vehículo de anuncio que la televisión, ya que los números 1 y 2 alcanzaron una reimpresión inmediata. Este tipo de publicidad duró hasta 1953 en que el flamante regente Ernesto Uru-churtu la prohibió dentro de su plan de embellecimiento, que al final tanto afeó a la indefensa ciudad.

El consejo de redacción fundador continuó hasta el número 35. Según sabemos, don Daniel fue durante ese largo periodo el promotor de colaboraciones y contó con la eficiente ayuda de Antonio Alatorre para corregir estilo y pruebas. A partir del 35, don Daniel decidió entregar la revista a un nuevo consejo de redacción formado por Emma Cosío Villegas, Luis González, Moisés González Navarro, Guadalupe Monroy, Luis Muro, Berta Ulloa, Marta Sáenz, Susana Uribe y Fernando Zertuche. Don Daniel apareció como director y los viejos miembros del consejo como fundadores. Este encabezado se mantuvo hasta el número 45, en que Cosío Villegas empezó a aparecer como fundador y desapareció toda huella del primer consejo. Algunos miembros desaparecieron y aparecieron otros como María del Carmen Velázquez, Jorge Alberto Manrique y Josefina Zoraida Vázquez, hasta que a partir del número 70 se decidió que el consejo de redacción estuviera constituido por el mismo cuerpo de profesores del Centro de Estudios Históricos. Del número 64 al 69 existió temporalmente un cuerpo de redactores formado por los entonces estudiantes de maestría que deseaban colaborar en la revista. Al principio lo hicieron con entusiasmo, pero a medida que se comprometieron en la elaboración de sus respectivas tesis, fueron abandonando la tarea. Esto no obstó para que se continuara dando opor-

tunidad a los estudiantes de reseñar libros y publicar artículos, práctica que ha resultado estimulante para ellos y beneficiosa para la revista, ya que muchos de los mejores artículos son producto de seminarios de investigación elaborados en los archivos (véase como ejemplos los números 56 y 67).

En general la política de la revista fue de no dar crédito al trabajo de edición de la misma. Ya dijimos que durante treinta y seis números todo el trabajo descansó en los hombros de Cosío Villegas y Alatorre. Después hubo un intento de que los miembros del consejo de redacción se turnaran el trabajo, lo que dio lugar a una serie de problemas de selección y edición por lo que la tarea terminó en manos de Luis González y Luis Muro. Más tarde se encargaron del trabajo Josefina Zoraida Vázquez (vol. xiv), Jorge Alberto Manrique (vols. xv a xix), y nuevamente Luis González. Con el número 79 (xx:3) se hizo cargo Enrique Florescano, quien por primera vez recibió crédito como director de la revista. Florescano la dirigió hasta el 4 del volumen xxiii. A partir del xxiv se ha intentado dar un papel más activo al consejo de redacción, formado ahora sólo por aquellos profesores que elijan formar parte del mismo, y quedando el cuidado de la edición en manos de Bernardo García Martínez.

No hay duda que el encargado de la revista ha influido en ella; cada persona que la ha tenido a su cargo le ha imprimido un carácter especial. Sin duda la influencia más grande ha sido la de don Daniel, cuya personalidad abierta a todas las expresiones, ofreció las páginas de *Historia Mexicana* a todos los grupos y regiones del país. Su gran interés por el siglo xix, ya que por entonces trabajaba en la *Historia moderna*, explica seguramente el alto número de artículos que sobre ese siglo encontramos en los nueve primeros volúmenes (115 sobre el siglo xix, en comparación con 75 de historia colonial y 29 del xx). Cosío, amante de las polémicas, trató de estimular la lectura de la publicación haciendo que se entablaran en sus páginas con cualquier motivo, ya fuera un archivo como el de Díaz, cerrado al uso de algunos historiadores ("Historia y prejuicio", de D. Cosío, 1:1; "Una carta", de P. Martínez del Río, y "Entrega inme-

diata", de D. Cosío, 1:3), o la aparición de libros provocativos ("Punza Poinsett", de M. González Ramírez, 1:4, y "Una respuesta", de J. Fuentes Mares, 11:1). También se empeñó en aligerar la revista con títulos ingeniosos como "¡Ya viene la bola!", "¿Dónde está el villano?", "Los frutos del golpe" —que en general contrastaban con los muy serios y académicos de la mayoría de los artículos— e incluyendo unos reportajes del pasado, como los de Mario Gill.

Un vistazo a los 99 números de *Historia Mexicana* nos dice también bastante de los cambios habidos en el campo de la historia en México. Para bien o para mal, la revista refleja la profesionalización de la historia en el país; los primeros números estaban llenos de artículos de toda clase de plumas: escritores, filósofos, periodistas, antropólogos e historiadores aficionados. Esto le daba una mayor agilidad y variedad a la revista, que incluso tenía un mayor número de artículos. En los primeros volúmenes se incluían ocho o nueve por número, en los intermedios siete, y, a partir del xx, de cinco a seis. Los artículos de los primeros números estaban en general tan bien escritos, que no deja de surgir la duda si no se debe esto a la espléndida corrección de estilo hecha por Alatorre.

Sin duda el grupo de historiadores de principios de los cincuentas era reducido. La expansión del Colegio de Historia en Filosofía y Letras durante la década de 1950, la apertura de la carrera de historia en la Iberoamericana en 1958, la reapertura de cursos en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio en 1962 y, más recientemente, la reorganización del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, han formado un gran número de jóvenes historiadores. Estos profesionales de la historia han tenido la suerte de encontrarse en un medio que ya les permite una vida de investigación, sin tener que vivir a salto de mata, dando clasecitas, ocupando puestos burocráticos y hasta trabajando como vendedores, que es lo que tuvieron que hacer quienes osaban elegir esta carrera allá por los cuarentas y principios de los cincuentas. Becas para estudiar e investigar en el exterior y tiempos

completos en diversas instituciones se reflejan en la sofisticación con que se enfrentan algunos temas, el grado en que los artículos están a tono con las modas internacionales, y el número de citas que los acompañan.

Por cierto que *Historia Mexicana* no sólo refleja los cambios en la historiografía mexicana; también acusa un creciente interés mexicanista en el exterior, simbolizado por el número increíble de artículos voluntarios que llegan a la redacción de la revista. Desde un principio hubo colaboraciones de historiadores extranjeros, aunque en los primeros volúmenes su procedencia era variada y poco a poco han predominado los norteamericanos. En los primeros diez volúmenes hubo un promedio de seis artículos de extranjeros por volumen, de un total de 27 a 33 artículos; en la siguiente década el promedio subió a ocho, de un total de 27 a 30; en los últimos cinco, después de elevarse a 12 en los primeros tres volúmenes, ha bajado a un promedio de siete en un total de 21 a 24 artículos.¹

¹ Aquí se aprecia la cuantía de las colaboraciones extranjeras de la revista:

Volumen	Total de artículos	Número de autores extranjeros *	Volumen	Total de artículos	Número de autores extranjeros
I	33	2	XIV	32	9
II	33	8	XV	27	2
III	33	6	XVI	30	7
IV	32	5	XVII	28	6
V	34	8	XVIII	27	13
VI	27	8	XIX	28	9
VII	27	8	XX	20	13
VIII	24	5	XXI	24	13
IX	28	5	XXII	23	14
X	33	7	XXIII	21	11
XI	31	9	XXIV	21	7
XII	32	7	XXV	23	6
XIII	28	7			

* No se consideró como extranjeros a los que, aun siéndolo, trabajan en instituciones mexicanas.

Desde su fundación la revista quiso prestar un servicio a los estudiosos de la historia, informando sobre el acervo de diversos archivos, bibliotecas y otras instituciones similares en el país. Tales las reseñas hechas en "El Centro de Documentación del Museo Nacional de Historia" (iv:2), "Sumaria relación de las bibliotecas de Michoacán" (iii:1), "La Nueva España y las Filipinas" (iii:3), "El archivo municipal de Colima" (viii:2), "El archivo histórico de Matías Romero" (viii:2), "La revolución en Relaciones" (x:3), "El archivo del ex-ayuntamiento de México" (xii:4), "El ramo de Filipinas en el Archivo General de la Nación" (xiv:2), "Índice y extractos del archivo notarial de Orizaba" (xvi:4), "El archivo municipal de Zongolica, Ver." (xx:1), "Los archivos de Guadalajara" (xxv:1). También se analizan archivos, bibliotecas, publicaciones y centros de enseñanza en la serie "La historia y sus instrumentos" en la cual se han ofrecido artículos que se refieren a Jalisco (i:1), Nuevo León (i:3), Michoacán (ii:1), Oaxaca (ii:3), Durango (xi:2), Querétaro (xviii:2), Puebla (xix:3) y Xalapa (xxiv:4). También se han ofrecido reseñas sobre fuentes documentales para la historia de México en archivos extranjeros: "Catálogo del archivo de don Lucas Alamán que se conserva en la Universidad de Texas, Austin" (iv:2 y 3), "El Archivo de Béxar" (v:3), "Lecturas mexicanas en la Biblioteca Nacional de París" (viii:3), "Un gran archivo histórico mexicano en París" (viii:1), "Manuscritos mexicanos en la biblioteca de la Universidad de Yale" (ix:3), "Documentos mexicanos en Austria" (x:3), "Miscelánea sobre la independencia" (manuscritos en la Biblioteca del Congreso de Washington, xi:1), "La alianza tripartita en el *Public Record Office* de Londres" (xi:4), "Intervención francesa y segundo imperio" (en el *Public Record Office*, xiii:2), "Fuentes desconocidas de la historia mexicano-judía" (xiv:4), "Fuentes de la historia de México en archivos norteamericanos" (xviii:3), "México en los archivos diplomáticos y consulares de Francia" (xix:2), "Documentos mexicanos en archivos de la República Democrática Alemana" (xix:3), "Las haciendas jesuitas

en México — Índice de documentos existentes en el Archivo Nacional de Chile" (xx:4 y xxi:1).

El fundador trató de inyectar a la revista el gusto por la crítica y la capacidad para recibirla con buen espíritu. Las reseñas fueron uno de los fuertes de la revista en la primera época, dándoseles el carácter de verdaderos artículos, como en realidad lo eran tanto por su extensión como por la discusión que hacían de puntos claves del tema de los libros.

Cosío Villegas, con sus múltiples conocidos en diversos medios, pudo lograr que libros importantes fueran reseñados a pesar de que los autores no pertenecían a los grupos establecidos. Parece ser que él enviaba a los reseñadores, elegidos por sus conocimientos del tema, copias de las pruebas de imprenta, de manera que cuando el tomo aparecía ya había una gran cantidad de reseñas listas para publicación. Entonces se elegían las más académicas para la revista, y las otras se enviaban a otras revistas y periódicos. Veamos un ejemplo para ver cómo funcionaba el mecanismo. Cuando apareció el segundo volumen de la *Historia moderna*, a cargo de Luis González, tuvo como primera reseña la de Moisés González Navarro, "Crítica de una historia social". González Navarro encontraba excesivo el optimismo sobre la política liberal y acusaba una serie de lagunas, que en términos generales justificaba por "la complejidad teórica de organizar un esquema y... por la dificultad de recopilar la información". En el mismo número, dos de los autores del tomo contestaban las críticas: Luis González y Guadalupe Monroy. González empezaba por resumir la lista de omisiones y defectos: "dejo fuera del recinto de mi trabajo a la iglesia católica y a las clases medias y altas. Caigo en grandes defectos cuando sólo esbozo temas relativos a la criminalidad, la colonización y los terrenos baldíos. Me excedo al estudiar la vida de apaches y comanches, tribus a quienes nuestras leyes tenían por extranjeros y malgasto la quinta parte de mi libro en las minorías indígenas. En fin, peco por inexactitud al atribuir una política agraria al estado mayor de la república restaurada... Los temas omitidos no son los

arriba indicados, sino otros muchos. Aunque voluminoso, este libro no aspira a ser una compilación o repertorio de todos los temas sociales; aspira a una visión unificadora de la sociedad de la república restaurada, enlazada con los panoramas político y económico de los dos volúmenes ya publicados. Algo de lo que parece faltar aquí, hay que irlo a buscar allá”.

No pareció bastar con una crítica y dos respuestas sino que se añadió una “Réplica” de González Navarro, y dos reseñas más. En la primera, González Navarro matizaba sus afirmaciones y terminaba reiterando sus elogios a la obra, pidiendo que no se le atribuyeran “tesis y palabras” que no había pronunciado. Las otras dos reseñas parecen producto de la consideración de que los polemistas eran todos de casa, por lo que para honrar la objetividad se incluían reseñas neutrales, una mexicana de Bravo Ugarte y otra norteamericana de Frank A. Knapp.

Tal eficiencia en conseguir reseñadores serios contrasta con cierta apatía posterior, que permitió que libros publicados por el propio Centro quedaran sin la más breve mención, ya ni se diga largas reseñas como las del ejemplo arriba citado, que ocuparon treinta páginas impresas.

Parte del desinterés por la crítica se debió al pesimismo con que el segundo consejo de redacción veía una crítica tan intensiva de libros aislados. Sus miembros pensaron que sería de mayor utilidad lograr que se hicieran balances anuales de libros publicados, en donde se pudiera dar a conocer lo aparecido en diversas lenguas.

Sólo unos cuantos balances llegaron a elaborarse: “Historiografía mexicanista — Alemania, 1959” (x:1), “Aportación norteamericana a la historiografía de la revolución mexicana” (x:2), “Historiografía mexicanista — Estados Unidos, 1959-1960, I. Nueva España” (xi:2), “Bibliografía mexicanista — Estados Unidos, 1959-1960, II. México independiente” (xi:2), “Historiografía mexicanista — Francia, 1959-1960” (xi:1), “Historiografía mexicanista — Francia, 1961-1963” (xiv:3).

Esta idea de una reseña múltiple era excelente, pero sin duda no pudo sostenerse y se siguieron publicando reseñas particulares, que se incrementaron en los volúmenes XXI a XXIII. Aparecieron dos tipos de reseñas, unas largas y otras bastante cortas. Tal vez porque resultaba tan difícil reseñar los libros que aparecían sobre historia de México, pero al mismo tiempo frente a la necesidad de darlos a conocer, desde el volumen V se incluyó cada tercer número la sección de "Bibliografía histórica mexicana", que durante dos números estuvo a cargo de Xavier Tavera y, a partir del volumen VI, de Susana Uribe. La útil sección llegó a publicar 12 450 fichas y creció tanto que, después de aparecer por última vez en el volumen XVI:1, se convirtió en una publicación periódica aparte, que aparece anualmente.

Pero como Luis González, uno de los más constantes colaboradores de la revista, continuaba interesado en la idea de hacer un balance de lo producido, al presentarse la ocasión de conmemorar los veinticinco años de la fundación de El Colegio, sugirió un número de aniversario con una serie de artículos que revisaran la producción historiográfica mexicana publicada durante ese periodo. Cada artículo consistió de una introducción que revisaba el panorama general, la apreciación crítica del tema estudiado, y una bibliografía comentada. Se ocupaban de los siguientes temas: historia de las ideas, de la historia, de las artes plásticas, de la ciencia, de la educación; historia económica y social, religiosa, política; época colonial, política; siglo XIX, política; la revolución mexicana; historia de la literatura; historia diplomática, prehispánica, de la independencia, de la intervención francesa; las síntesis de historia de México; historia de América y Filipinas, de España; historia universal y ciencias auxiliares de la historia. El resultado formó los números 58-59 y 60, correspondientes al volumen XV:2-3 y 4, también publicados aparte como un libro, al que se tituló *Veinticinco años de investigación histórica en México*.

Una de las finalidades que en realidad nunca llegó a cumplirse fue la de dar foro a las inquietudes filosóficas que

agitaban los ánimos de los historiadores. El único artículo de ese tipo que se llegó a publicar fue el de José Gaos, "Notas sobre historiografía" (ix:4). Algunos otros que se acercaban al tema analizaban más bien la producción histórica mexicana o la tarea del historiador en México. La mayoría de artículos de análisis historiográfico eran una mera bibliografía comentada o emprendían el estudio de un sólo historiador o cronista. La mayoría de éstos se ocupaban de historiadores coloniales, en especial del xvi; sólo diez se ocuparon de historiadores del xix o xx.

Sólo unos cuantos artículos se refirieron a la historia de México en general, ya que la mayoría estudiaba un periodo específico. Tratamos de clasificarlos de acuerdo con los periodos tradicionales (prehispánica, colonial y nacional) a pesar de las dificultades que en múltiples casos presenta esta rígida periodización, ya que muchas veces los artículos se ocupan de periodos que se superponen. Transcribimos nuestros cálculos porque resultan algo inesperados. Encontramos sólo 26 artículos de lo que consideraríamos estrictamente historia prehispánica, puesto que otros como "El Códice Ramírez" o "El Libro xii de Sahagún" los consideramos entre los estudios historiográficos. En cambio pudimos contar 209 de historia colonial y 338 de historia nacional, descontando también artículos similares a los mencionados, por ejemplo "La Historia de Durán" o "Icazbalceta y su obra". Entre los dedicados a la colonia, 60 artículos son de historia colonial en general, 61 sobre el xvi, 22 sobre el xvii y 66 sobre el xviii (hasta 1821). Al clasificar los artículos de la época nacional, que son los más numerosos, nos sorprendió encontrar que 221 se refieren al siglo xix y 117 al xx. De esa manera, el siglo que muchos consideramos menos estudiado parece tener un gran atractivo. Vale la pena subrayar que la etapa de 1821 a 1857 merece un menor número de artículos que las siguientes.

También nos empeñamos en catalogar los artículos según el tipo de estudio histórico que encierra. Por supuesto nuestro análisis no es exacto, puesto que casi siempre la historia narrativa fue incluida en la política, y no siempre era clara

esa clasificación; de cualquier forma sirve para dar una idea general. En los artículos de historia colonial encontramos que predomina la historia cultural con un 36.5% del total, seguida de la historia social, 24.7%, la económica, 21.8%, y finalmente la política con sólo 17%. En cambio en los artículos del siglo XIX hay un predominio de la historia política que alcanza el 53.6%, seguida de la cultural, 19.6%, la social, 15.3%, y sólo 11.5% de historia económica. Algo semejante sucede con los artículos del siglo XX: El 63% se refiere a temas políticos, 19.6% a culturales, 12% a historia social y sólo 5.4% a historia económica.

A VEINTICINCO AÑOS de su fundación, *Historia Mexicana* ha recorrido un largo proceso de cambios y de profesionalización. Sin duda se ha alejado del público lego, que debía de haber tratado de mantener, al perder agilidad con el incremento de su academicismo. A cambio, se ha convertido en un útil instrumento pedagógico. Esta utilidad se muestra en el uso que los profesores de historia en escuelas superiores hacemos de sus páginas, pero también porque muchos historiadores aficionados o semiprofesionales se han enterado a través de ella de nuevos métodos, nuevos enfoques, nuevas perspectivas de la historia. Hay artículos que han servido de "modelo" para muchos colegas o simplemente para hacerles repensar viejos temas. A riesgo de ser harto injustos con muchos, mencionaremos algunos artículos recientes que consideramos renovadores: "El neóstiló — La última carta del barroco mexicano", de J. A. Manrique (xx:3), "Microhistoria para multiméxico", de L. González (xxi:2), "Grupos étnicos, clases y estructura ocupacional en Guanajuato — 1792", de D. A. Brading (xxi:3), "Cambios en los patrones de urbanización en México — 1810-1910", de A. Moreno (xxii:2), "La conquista educativa de los hijos de Asís", de J. M. Kobayashi (xxii:4), "Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México — 1822-1842", de D. Tanck (xxii:4), "Peones, arrendatarios y aparceros en México — 1851-1853", de J. Bazant (xxiii:2), "La Comisión Geográfico-Exploradora", de B.

García (xxiv:4) y "Un airado mentís a Clavijero", de E. Trabulsee (xxv:2).

Aunque no quisiéramos ser simples apologistas, sentimos que hay muchas razones para estar satisfechos, aunque las tareas por cumplir sean múltiples. Éstas se lograrán en la medida en que *Historia Mexicana* pueda contar, cada vez en mayor grado, con la colaboración de personas e instituciones dedicadas a la historia.